

y *El Nacional* se dirigen mutuamente, injurias en que se ha agotado el vocabulario de los términos acres, duros y procaces que jamás debieran aparecer en una prensa moderada y prudente.

Por Dios, señores, ¡paz!

Convenido que muchas veces sean inevitables las cuestiones personales; pero á éstas debe darse cualquier arreglo en lo particular. ¿O acaso el periodismo no sirve más que para sacar á la luz pública las rencillas personales?

Hemos llegado á una época en que algunos creen ó aparentan creer que el mejor periodista es el que cuenta más desafíos, el mejor periódico el que más injuria á todo el mundo.

Pues, señores, si la prensa no ha de servir en México para otra cosa, rompamos nuestras plumas y quememos nuestros papeles: el público ganará mucho con eso.

Conque, ya lo véis, queridos lectores, en ninguna parte hay paz, con ser tan necesaria.

Por todo lo expuesto, me veo en el caso de concluir repitiendo aquello del poeta, que viene muy á cuento en día de muertos:

¡Sólo en la paz de los sepulcros creo!

PERICO EL DE LOS PALOTES.

LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.

El Sr. Lic. D. Alberto Lombardo está escribiendo una serie de "Episodios de la Guerra de Independencia": *Hidalgo* y *Morelos* son los dos volúmenes que lleva publicados. Someter estos breves libros á riguroso juicio crítico, fuera necedad impertinente, porque el autor no los presenta, finchado y presuntuoso, como perfectos modelos en el arte de novelar, y adivínase que su propósito fué el de hacer bien y buena obra á los lectores, mejor que el de legar á la literatura una obra irreprochable. Noblemente se propuso el Lic. Lombardo vulgarizar por medio de la narración amena y sabrosa, datos fehacientes, noticias exactas, que aclaren y de realce dejen los hechos principales en acaecidos en período histórico tan fecundo, tan grandioso, como lo fué el de la insurgencia; por lo mismo, antepone á todo la verdad, no sacrificando ésta, ni en un ápice, al interés romancesco, á la descripción tentadora, ni permitiéndose por mal entendido patriotismo, acriminar injustamente á los españoles, quienes con los crímenes y desmanes de que están convictos, tienen ya sobrado para que por crueles se les tenga. Pinta el autor, asimismo, con rasgos rápidos pero inequívocos, los caracteres que sobresalieron en aquella lucha empeñadísima; la fisonomía de la época, el estado de los ánimos, la bajeza de los mexicanos serviles, la corrupción del alto clero y la condición misérrima del clero bajo. Todo ello está hecho á breves toques de pincel, toques brillantes que, aclarando nuestra

memoria, en ella reproducen, por hechizo de la imaginación avivada, el cuadro todo.

Estas novelas sanas, claras, limpias, son de lectura grata á la vez que instructiva, siempre que, como en las novelas del Sr. Lombardo, no se desfiguren los hechos, no se enaltezca ó se inculpe más de lo debido, á los personajes históricos, y no, para mayor encanto de la fábula, se involucren patrañas y realidades, convirtiendo el conjunto en centón de mentiras, del que á penas y trabajos, puede el crítico extraer, hurgando mucho, unas cuantas verdades.

A raíz de la restauración republicana, se publicaron por entregas, en México, muchas novelas pseudo-históricas. Eran éstas imitaciones desgraciadas de los sacrilegios históricos que á la sazón cometía en España, con mucho talento en ocasiones, con suma audacia las más veces y siempre para provecho del editor, Don Manuel Fernández y González. Privaba entonces la novela por entregas; había hambre de leer, y como pan caliente se vendían los monstruosos engendros de Ponson du Terrail, el profanador de sepulturas más cínico y desalmado que ha nacido de madre; las deformes creaciones del ya dicho Fernández y González; todas las novelas salpicadas de sangre y pobladas de horcas, que fascinaban á los cándidos. Observando esa tendencia del gusto público, algunos escritores mexicanos se decidieron á explotarla; mas sin que niegue yo la opulenta fantasía de aquellos novelistas, debo advertir que sus obras resultaron pésimas por el cúmulo de falsedades, anacronismos y juicios erróneos que contenían. Tampoco era propicia la ocasión para escribir sosegada y verídicamente, porque la pasión política enardecía los ánimos; la literatura tribunicia y declamatoria preponderaba aún; era forzoso

escarnecer á los vencidos, flagelar á los tiranos de todas las edades, remover, por cuantos medios posibles se encontraran, el odio á la usurpación, y tales circunstancias produjeron la novela revolucionaria, irrespetuosa, candente, dirigida al pueblo para despertar su bélica iracundia: novela de momento, sin raíces en el arte ni tronco en la verdad.

Mucha más historia descubrimos en la urdimbre imaginativa del *Periquillo Sarniento*, que en esos relatos, tejidos por imaginación antojadiza, donde aparece Hidalgo diciendo misa en el Monte de las Cruces ó el brioso guerrillero habiéndoselas, sin miedo, airosamente, con todo un cuerpo de ejército francés.

La aparición, en Madrid, de los famosos "Episodios nacionales" de D. Benito Pérez Galdós, despertó aquende el mar el deseo de escribir algo parecido; y á fe que era naturalísimo ese anhelo, no sólo por el primor con que están escritos aquellos "Episodios," sino también porque la historia de nuestra independencia abunda en hechos heroicos, registra campeones inmortales y toda ella está virgen, prometiéndose al artista que, enamorado, logre conquistarla. A Pérez Galdós le sugirió acaso la idea de escribir su doble serie de "Episodios" la lectura de otros semejantes publicados en Francia por Eckman y Chatriau. Buenos son éstos y mejores los del literato español.

No hubo de ser, sin embargo, muy eficaz y persistente el estímulo que de Madrid nos vino, puesto que son contados los ensayos hechos por novelistas mexicanos en tal género. Aquí no medra la novela en ninguna forma, pero caso de medrar en algún género, éste es el sentimental ó el de los llamados *costumbristas*. Facundo, que es excelente *costumbrista*, no atinó en el *Pecado del*

Siglo, novela que quiso ser histórica. Altamirano era el que podía acometer la difícil empresa, de presentarnos redivivos, tal cual fueron, á nuestros héroes, dentro de un cuadro novelesco; aquel mago habría pintado con su color propio los lugares santos de nuestra epopeya nacional; á su conjuro habrían aparecido las montañas inaccesibles para todos, menos para Morelos y los suyos; habríamos admirado en toda su exuberancia la flora de la tierra caliente; oído crecer la yerba y balbucear en las conciencias la idea de patria; escuchado el rumor solemne de los bosques, confundiendo con el de las huestes insurgentes guarecidas en las selvas; visto á la humosa luz de las fogatas, esas sombras titánicas que se proyectan, cada día mayores, en la Historia; pero Altamirano murió, para desdicha nuestra, legándonos sólo fragmentos y dispersos plintos, bajo relieves, frisos, columnatas, del templo secular que no legró erigir á nuestros grandes dioses.

El erudito, correcto y pulcro literato Don Enrique de Olavarría y Ferrari, sí publicó una muy recomendable serie de "Episodios Mexicanos," que produjo ganancias pingües á los editores; el Dr. D. Demetrio Mejía dió á la estampa no mucho ha, una voluminosa novela titulada *Amor y Patria*, cuyo protagonista histórico es Morelos y de la que personas competentes hacen grandes elogios; ignoro si dejó en el tintero á algún otro autor de libros como los citados; pero, de todas suertes, resulta ciertísimo lo que arriba apunté: no tiene muchos antecesores el Sr. Lombardo en la obra de honrada vulgarización histórica que ha emprendido; el campo está apenas barbechado y quien lo cultive con acierto merecerá premio y gratitud.

Popularizar las hazañas de nuestros grandes hom-

bres; proponer á éstos como ejemplos de abnegación, de arrojo y de virtud, es tarea patriótica y trascendental. El pueblo francés es irreductible y exclusivamente francés, porque vive en comunión íntima con sus héroes, repasa día por día sus glorias, las admira en la estatua, en el lienzo, en el monumento, en la novela, en el teatro y crecido su orgullo novilísimo con tal y tan continua contemplación, siente que también se le crecen el corazón y los bríos para defender el suelo patrio. Es necesario para las masas ese culto externo de la libertad, y nosotros no lo tenemos: por eso alicaído el entusiasmo no alardea jubiloso en las fiestas cívicas. Los restos de nuestros caudillos épicos, en olvido yacen; ningún monumento egregio perpetúa la gloria de esos ínclitos varones; y la literatura, con punible desvío, no ayuda á difundir el amor á esos hombres en la masa que ya lee, en la escuela, en el libro al par entretenido y fiel á la verdad histórica.

Lo último se debe, en mucha parte, á que no tenemos historia escrita, propiamente dicha. La pasión política ha cegado á la mayor parte de nuestros historiadores, así á los del período virreinal como á los de la época corrida de la independencia á acá. Y el novelista sin datos fidedignos de obvio hallazgo, prefiere fantasear á remover manuscritos, pergaminos, cronicones, compulsar autoridades críticas y circuir luego las verdades adquiridas con festones de flores que atraigan con su fragancia y con sus colores cautiven la atención del lector.

Porque Alberto Lombardo tuvo ese valor, le felicito. Los dos libros que lleva publicados, no sólo se ajustan estrictamente á la verdad de los sucesos: traen á la vez rectificaciones importantes á relatos y juicios que co-

rren como buenos, siendo falsos, en obras de historiadores muy sesudos, así reaccionarios como liberales. La forma adoptada por el autor para su anunciada serie de "Episodios," me parece excelente: es la novela de no muy grandes dimensiones y cuya lectura es fácil, agradable para el adolescente, para la mujer, para el voluble é inquieto joven; la novela de acción rápida, natural, sencilla y no intrincada, para que la fábula no obscurezca ni oculte con su fronda espesa los hechos reales; la novela que á todos divierte y á muchísimos enseña.

Con buen acierto dedicó el autor sus "Episodios de la Guerra de Independencia" al Maestro Altamirano, y en la Carta Dedicatoria condensa así el plan de su obra:

"Nuestros historiadores han sido injustos con los héroes de nuestra independencia, y yo trato de restablecer esas figuras. Alamán trazó desgraciadamente una senda errónea y apasionada. Omitiendo documentos, no ligando los sucesos, aduciendo como dignos de fe, datos enteramente sospechosos en su origen, logró presentar á nuestros grandes hombres bajo aspecto sombrío. Hidalgo en especial, fué blanco de las iras del historiador, olvidando éste, no sólo los grandes servicios que hizo Hidalgo á la Patria, sino el personal favor que de él recibió en Guanajuato.

Antes de Alamán, Mora había establecido un sistema análogo, sin tener, como el primero, la atenuante de la pasión política. Y aun hoy que la historia de la independencia ha sido retocada por una persona inteligente y patriota, como es el Sr. Julio Zárate, varias de las calumnias de Alamán han quedado en pie, y el genio de nuestros héroes no aparece bajo su verdadero punto de vista.

Rectificar los hechos, enlazarlos perfectamente, ha-

cer uso del arsenal de convincentes pruebas que ha logrado reunir en esta ciudad la laboriosidad del Sr. Hernández Dávalos, es obra digna de emprenderse; pero que yo dejo á plumas más ejercitadas que la mía. Usted, querido maestro, sería el más á propósito para un trabajo semejante. Yo, aunque me creyera capaz, no lo intentaría, porque quiero dirigirme sobre todo al pueblo; y no se popularizan fácilmente obras de polémica, cuyo interés principal es para los sabios. Me ha parecido mejor adoptar la forma de novela, y con el incentivo de la fábula, procurar extender entre nuestro pueblo el conocimiento de los hombres que nos dieron patria.

Reduzco, sin embargo, lo novelesco únicamente á los episodios, ciñéndome en lo substancial á la historia, tal cual yo la comprendo. Porque no creo que el registro de archivos sea lo único conducente para descubrir lo que se pensó y se hizo en un tiempo dado, ni que los papeles públicos den siempre á conocer las verdaderas intenciones del que los firmó, ni que se deba descubrir á los hombres por las máscaras con que aman cubrirse. Es preferible el método deductivo: fijar bien el carácter é inclinaciones del individuo y las circunstancias en que se encontró: la acción humana tiene que ser la resultante de las fuerzas que acabo de mencionar.

Tales han sido las ideas que me han guiado al escribir lo presente. Aceptables ó no, si consigo que usted lea con gusto estas pequeñas obras que se refieren á las glorias de México, habrá quedado satisfecho mi primer deseo, mientras alcanzo el favor público, segunda aspiración que he tenido al dar á luz estos ensayos."

Ahora bien, si se me pregunta cuál de los dos libros ya publicados por el Sr. Lombardo, es el que prefiero,

contestaré sin vacilaciones que *Morelos*. Acaso influya en mí la veneración que *Morelos* me inspira. A Hidalgo le beso la mano de rodillas: á *Morelos* lo invoco como á un Dios.

De nuevo envió mis plácemes al Sr. Lombardo por el meritorio trabajo que ha emprendido con tan buena suerte y espero ansioso el tercer volumen: *Iturbide*.

EL DUQUE JOB.

CAMPOAMOR SIN CORONA.

Me parece injusticia que España haya festejado dignamente á Núñez de Arce antes de festejar á Campoamor; y me parece injusticia, porque Campoamor está más viejo, más necesitado del cariño de sus nietos, y así como los húngaros acaban de celebrar á Jokai, su escritor, su novelista por excelencia nacional, así como acaban de anticiparle las exequias y el apoteosis porque ya está próximo á morir y no hay que perder tiempo, así al amable Campoamor que tantos días de fiesta ha dado á España y á todos los países en donde se habla y canta el castellano, hay que celebrarle antes que sonriendo se despida de este mundo. Me explico la preferencia dada á Núñez de Arce, porque éste es español por los cuatro costados, en tanto que el autor de las "Doloras" es "un poco de todos los mundos," como dicen los franceses. En los "Gritos del Combate," todo es intensamente español: por ahí andan Donoso Cortés y D. Manuel Joseph Quintana. En los poemas el poeta se des-

liga, y franqueando las lindes clásicas de la poesía castiza, entre campante en las literaturas extranjeras. El fragmento que conocemos del "Luzbel" es byroniano; y por altivo y arrogante, se asemeja ese príncipe de las tinieblas al Satán de Milton. Campoamor no crea esas figuras de una pieza; ni su diablo es Satán, sino Mefistófeles, ni su Fausto es un descendiente del Mago Prodigioso, sino el "Licenciado Torralba." Pero ¡qué gran poeta es Campoamor!

El ingenioso y agudo Mariano de Cavia ha protestado como yo contra el olvido en que se deja á Campoamor. En cambio, un ameno y discreto cronista, Fernández Bremón, dice, en resumen: ¡calma y paciencia; para todos hay!

Sí—le replicó—pero Campoamor se nos va, Campoamor no es un mozalvete que digamos; ya su genio declina como un día muy hermoso. . . . Daos prisa!

Y la verdad que en esta preferencia concedida á Núñez de Arce, entra como factor esencialísimo el carácter español.

Insisto en lo que dije: Núñez de Arce es más español que Campoamor y más católico que Campoamor, á pesar de sus dudas, que en rigor son poéticas y de poco momento, no filosóficas ni hondas. Las dudas de Núñez de Arce son armas, gritos de combate. La política se las da. Y las de Campoamor, aunque las niegue ó disfrace, están hasta en los arrebatos místicos del poeta.

"-- Usted y yo—decía en una carta Campoamor á D. Juan Valera ó D. Juan Valera á Campoamor—somos los dos católicos, más católicos de España."—Para esos católicos—digo yo ahora—debe Dios haber creado el infierno. Ambos, en mi sentir, son redomados bella-